

lonia, aunque no es oportuno hablar en este momento de amores, ya arreglaremos nuestras bodas así que pase esta tormenta. Si usted ha tenido un pesar, yo tengo otro que no sale de aquí. Valor, criatura; acuérdesse usted de Jalapa y de lo que me dijo y hasta me prometió.

Apolonia sonrió tristemente, pero ya más calmada comenzó á platicar con Florinda, y escuchó después con atención las disposiciones que había dado Manuel, que fueron aprobadas.

En todo esto había adelantado la noche, y eran muy pasadas las doce. Josesito hizo que sirvieran unas tazas de té, y á la media hora cada uno se fué retirando á su alcoba lleno de dudas, de un sobresalto desconocido y de vagas y doradas esperanzas que se desvanecían entre las sombras negras del porvenir.

## CAPÍTULO LV

## Día de casamientos y víspera de batallas

**H**os batallones y escuadrones del ejército norteamericano, vestidos todos de azul claro, apenas triunfaron en Cerro Gordo, cuando se pusieron en marcha con sus pesadas piezas de artillería de grueso calibre, sus pesados morteros, sus enormes bombas y sus pesados carros tirados por diez y quince mulas, repletos de municiones de guerra y de víveres, y licores para alimentar los grandes estómagos de esos soldados aventureros, de figuras extrañas y siniestras que se habían reunido en la República hermana del Norte para destrozar la República hermana del Sur. Lentamente caminaba envuelto entre el polvo de nuestras calzadas todo este pesado tren; pero en fin, penetró en el valle de México y estableció sus campamentos en los pueblos y haciendas que circundan á la capital. Rugiero

venía con ellos; era muy amigo del general Worth, é íntimo del capitán Grant.

Los habitantes de la quinta tuvieron la noticia á las primeras horas de la mañana. El criado de Luis, que estaba muy bien aleccionado, se presentó en la puerta de la quinta, al amanecer; esperó que se abriese la puerta, y entregó á Luis un paquete de cartas y otro de periódicos.

Como debe suponerse, causó inquietud y produjo emoción entre nuestros amigos, pero las señoras principalmente convinieron en que era preciso abreviar las cosas y salir cuanto antes con dirección á México. En efecto, á las ocho de la mañana la quinta estaba desierta, sólo se quedaron los criados y Martín, que era el general en jefe de ese castillo.

Los hombres se dirigieron al palacio, las señoras á sus casas para arreglar sus negocios, y Teresa, Carmela y Mariana á la catedral, á donde dieron cita á todos para las diez en punto. El padre Anastasio marchó á la Profesora, prometiendo volver acompañado del padre Martín.

Teresa hizo una corta oración ante el altar del Divino Sacramento, y salió después con Carmela á dar una vuelta por las cercanías de la Catedral.

La plaza estaba llena de gente que se acumulaba particularmente delante del Palacio y de la Diputación. Cochinos pesados de camino atravesaban rápidamente llenos de gente que, huyendo del peligro próximo, salía á las haciendas y pueblos cercanos, ó se retiraba al interior; cargadores con muebles y trastes se tropezaban; los traviesos chicuelos, que de cualquier cosa sacan un motivo de diversión, gritaban y seguían á los piquetes de tropa que salían y entraban al Palacio; ayudantes, con sus uni-

formes de gala, corrían á galope, haciendo resonar sus espadas; patrullas de caballería, pasaban lentamente y se internaban en las calles que se comunican con la Plaza Mayor; los balcones de los portales de las Flores y Mercaderes estaban llenos de gente. Se escuchó un rumor, y un hermoso batallón de guardia nacional de más de 500 plazas con su bandera tricolor flotando al viento y su música á la cabeza, tocando una marcha guerrera, salió de Palacio, y tomó la calle de la Moneda con dirección á San Lázaro. Este batallón marchaba acompañado de los amigos, las madres, esposas, queridas ó hermanas de los soldados. De las mujeres, unas vestidas con esmero como para un día de campo, caminaban alegres platicando con los nacionales, otras mustias y cabizbas seguían maquinalmente la columna, y otras sollozaban y llevaban á los ojos sus pañuelos. Los hombres, muy animados, hablaban á un tiempo, y de vez en cuando un viva á México lanzado al acaso se prolongaba por las filas del batallón y producía una conmoción eléctrica en la multitud.

Teresa no quiso prolongar más su excursión, y conmovida y con los nervios afectados sin saber si por el temor ó por el entusiasmo, regresó á la Catedral.

El servicio divino había terminado; los canónigos anticiparon sus rezos de costumbre, y en las sillas antiguas del coro estaban sentados dormitando dos viejos capellanes, que no se separaban nunca del coro; aun se percibía el olor de las velas y cirios de cera que acababa de apagar el sacristán, y en el altar del Perdón salían silenciosos y metódicos como siempre, cada media hora, los padres á decir la misa como si nada pasara. Había unos cuantos fieles rezando, hincados de rodillas, algunas

viejecitas junto á los pedestales de las columnas y el sacristán con su plato de plata pidiendo la limosna. La mayor parte de la gente, al oír las músicas y los toques militares de la guardia de Palacio, había salido al atrio á indagar lo que pasaba.

Esta tranquilidad en el santo templo, la frescura de su atmósfera, esa seguridad simple de las cosas divinas, calmó la agitación de Teresa, que pensaba que los acontecimientos quizá impedirían la celebración de las ceremonias nupciales, pero no sucedió así. Fueron llegando sucesivamente, y pasaron al sagrario donde de acuerdo con el cura, todo lo tenían ya dispuesto el doctor Martín y el padre Anastasio. Las pocas gentes que habían quedado en el Sagrario estaban asombradas de que en aquellos momentos de agitación y de guerra hubiese personas que pensasen en casarse. De todo hay en el mundo, y Carmela y Juan Bolao, y Elena y Joaquín, quedaron casados, y Teresa y Manuel se acercaron y estuvieron á punto de presentarse para darse las manos ante el padre Anastasio que los esperaba inmóvil y tranquilo; se acercaron, pero el sombrío presentimiento que los dos tenían, los alejó, se miraron tristemente, y disimulando su emoción se confundieron entre sus amigos y entraron en la sacristía.

—Tenemos únicamente permiso por algunas horas,—dijo Valentín,—apenas el tiempo necesario para volver á la quinta y ensillar nuestros caballos. Los americanos se acercan, y según la relación de los espías que los vienen siguiendo y han entrado á la ciudad, atacarán por el Norte y se está formando en estos momentos un campamento en el Peñón Viejo, compuesto de los batallones Victoria, Hidalgo é Independencia. El general en jefe

debe pasarles revista esta tarde, y tenemos que estar á su lado.

—¿Y en qué queda la comida con que yo y Josesito debemos obsequiar á los recién casados?—preguntó Teresa.

—Determinarán ustedes lo que gusten,—dijo Manuel.—Nosotros no podemos prescindir del servicio, y quizá hasta la noche no se nos permitirá salir de Palacio.

—¿A qué horas podrán desprenderse un rato del servicio?—preguntó Florinda á Valentín.

—Quizá á las seis de la tarde,—contestó Valentín.

—Propongo entonces una cosa,—dijo Florinda.—Iremos todos á casa, allí les improvisaré un almuerzo ligero; Valentín nos instruirá de la hora en que deba pararse la revista, asistiremos á ella, y después, reunidos, iremos á la quinta á celebrar á los novios. El general jefe no será tan inhumano, y permitirá á sus ayudantes que siquiera coman en compañía de sus familias.

—Si no estamos de guardia, de seguro que podemos dormir fuera de Palacio, pero quién sabe cuáles serán los órdenes del general.

—El plan de Florinda,—dijo Luis,—me parece de tanto muy bien, y yo además quiero tener el gusto de estar en mi casa, debido á esta casualidad, quede honrada en la presencia de mis amigos, y allí también tendré el gusto de presentarles á mi padre y de imponerles del estado que guardan sus negocios. No he perdido el tiempo, gracias á nuestro excelente amigo el Sr. Doctor Martín, están á poco más ó menos terminados.

De acuerdo completamente en el plan, salieron de la sacristía despedidos afectuosamente por el cura y los virtuosos eclesiásticos, que prometieron acompañar-

los á comer si sus ocupaciones y las circunstancias de la ciudad lo permitían. Manuel, Valentín y Bolao marcharon á la quinta á cambiarse ropa y regresar á caballo al Palacio. Josesito fué á su casa á revestir su brillante uniforme azul y encarnado de comandante de batallón, y Arturo á su cuartel.

Luego que llegaron á la casa de Florinda, que les presentó al padre de Luis, que salía en esos momentos, se despojaron de sus velos y mantillas, comenzaron á platicar con la mayor volubilidad, á examinar las curiosidades que contenía la casa de Florinda, ya más grande, pues Luis había tomado la vivienda limítrofe y abierto una puerta de comunicación, y pretendieron que las criadas descansarían y ellas pondrían la mesa y sazónarían el almuerzo. Hasta Apolonia, callada y un poco triste todavía, recobró su buen humor y su jovialidad jalapeña. Florinda les dejó hacer cuanto quisieron, y así pasaron un rato muy agradable y comieron poco, pero con buen apetito y del mejor humor.

Poco después de las dos de la tarde volvió Juan Bolao á caballo, seguido de sus dos rancheros de la hacienda de la Florida, que no lo abandonaban nunca, y subió á dar cuenta á la reunión de lo que ocurría.

—Los coches están en la puerta, y es necesario que no pierdan la ocasión de ver lo que nunca se volverá á repetir, y para que no crean que exagero es preciso que ustedes se convenzan personalmente. Además, Manuel, Valentín, Arturo, Luis y José estarán allí.

—¿Dónde, dónde?—preguntaron con ansiedad las muchachas.

—Pues ya lo saben, en el campamento del Peñón Viejo. Los enemigos están á la vista sin necesidad de

anteojo. Si les diese la gana de atacar, ya tendríamos algo caliente. Se los anticipo, y haya lo que hubiere, no hay que asustarse. Si tienen miedo, lo mejor es no ir y volverse á la quinta. Yo estoy á las órdenes de ustedes y no me despegaré de la portezuela del coche.

—¡Miedo!—dijeron á un tiempo Florinda y Teresa,—¿y por qué?—continuó Teresa,—si las personas á quienes amamos están allí, ¿por qué hemos de tener miedo? Tanto mejor, correremos una misma suerte, y si nos fuese permitido, como á las pobres mujeres de los soldados, acompañarlos á la guerra, allí estaría yo. Por mi parte estoy dispuesta, y ya es hora, porque el Peñón Viejo no está muy cerca. Iremos, iremos todas. Con mucho gusto y sin miedo alguno. Tenemos á Dios que nos defiende, y sobra con esto. Del Peñón nos volveremos á la quinta á celebrar con una alegre velada á los recién casados, y mañana Dios dirá. ¡Quién sabe lo que nos sucederá,—añadió tristemente,—y si los que hoy estamos juntos nos volveremos á ver!

—Supongo que estará Joaquín también,—preguntó Elena.

—Por supuesto,—le contestó Bolao,—ningún guardia nacional faltará hoy á su puesto; no han tenido los cabos de citas mucho que hacer, y todos han ido á los cuarteles y á la formación por su propia voluntad. Con que muchachas, no hay que perder tiempo y al coche. Yo las alcanzaré en el camino.

Bolao, que ni las espuelas se había quitado, bajó las escaleras, y las muchachas, arregladas lo mejor que pudieron con el auxilio del surtido y variado guardarropa de Florinda, que había vuelto á sus costumbres de aseo y de elegancia, descendieron, y encontrando los coches

listos bajo la dirección de Benito, el antiguo cochero de Aurora, que tan pronto servía en Palacio como en la quinta, montaron en ellos, y á trote largo en instantes habían pasado la garita de San Lázaro.

La calzada, de ordinario tan sola, tan árida y como si fuese un gran puente echado al través de las lagunas fangosas, estaba en esos momentos animada y hasta risueña. Lucidos equipajes, de dos y cuatro caballos ó mulas; coches de alquiler caminando lenta y trabajosamente; gente de á caballo en grupos; indias con fruta; dulceros; mujeres del pueblo; un mundo curioso, entusiasmado, como si fuese á una romería, se movía con el objeto de ver el campamento de los guardias nacionales, y de abrazar á sus deudos y amigos antes que comenzase la terrible embestida de las tropas enemigas.

## CAPÍTULO LVI

### Las veladas de la quinta

#### Velada sexta

**E**l sobresalto é indecisión que se observaba en la población de México, en los momentos en que Teresa hizo su excursión en los alrededores de la suntuosa catedral, había sucedido repentinamente no sólo la más completa seguridad sino hasta el entusiasmo y la alegría. Al ver la decisión de los batallones de guardia nacional, entre los que se contaba lo más rico, noble y granado de la ciudad; al observar que los que pocos días antes se insultaban y se tiraban de balazos, estaban unidos y formados delante del enemigo; al escuchar las bandas de música militar, y confundirse con la multitud que seguía á las tropas de línea bien vestidas y con aire decidido y marcial, se creía en el triunfo seguro, en la retirada de los americanos y en un próximo tratado de paz que agenciaba quizá con el apoyo indirecto de su gobierno, una poderosa casa inglesa.

La calzada, como se ha dicho, estaba llena de gente de á pié y de á caballo, de coches, de carretones de alquiler y de carruajes particulares, y caminaba esa muchedumbre alegre y presurosa, como si se tratase de la Pascua de San Agustín de las Cuevas.

¡Qué cosa tan curiosa la gente de México! Parece cuento, pero así es.

Cuando Teresa llegó á la casi derrumbada venta de Pepe Elías Fagoaga, habitualmente tan fúnebre y desierta, se quedó asombrada del cambio mágico que se había efectuado. Flecos verdes y amarillosos de tule, entretejidos con amapolas y chícharos, colgaban de los portales y servían como de pabellón á una grande cantina surtida y vistosa, con las botellas de licor y vinos de diversos colores, con las latas de conservas resplandecientes, con naranjas, queso y aceitunas negras, pan y bizcochos, colocados con arte y simetría en el mostrador. Un hombre con media cara negra y la otra media blanca, despachaba, y ayudaban al incesante tráfigo, una mujer ya de edad pero con restos todavía de hermosura, y una muchachuela tan parecida á Carmela, que desde luego Teresa lo notó y fijó su atención en ella. El propietario de la cantina era D. Mariano, el célebre y sabio filósofo de Jaumabe, acompañado por su familia, que le ayudaba.

A los diez minutos se presentó Bolao, muy contento, en su caballo retinto favorito, é hizo que siguiesen los carruajes. En lo alto de este extraño cerro, que parece pintado con sangre (1), estaba acampado el batallón

(1) El cerro del Peñón Viejo es de una piedra volcánica color de sangre enfriada, que en azteca se llama tetzontle, excelente para la construcción de casas.

Victoria, y había plantado su bandera, que ondeaba grandiosamente, y en las suaves lomas inmediatas había materialmente una feria. Vendedores de frescas frutas de colores incitantes; mesitas con sus manteles muy limpios con cuartos de pollo asado; cantinas más modestas y pequeñas que las de D. Mariano, con sus botellas de licores y sus vasos ordenados en fila; dulceros con sus cajoncitos copados de calabazates y merengues; otros con canastillos de bizcochos, muchachos con cántaros de agua fresca, y mercilleros con peines, espejitos y barajas, y por la calle que habían formado estos comercios, circulaba una concurrencia, á pié y á caballo, alegre y bulliciosa, comiendo golosinas, bebiendo copas, contemplando el magnífico panorama de los altos y nevados volcanes que resplandecían con fuegos de rosa y oro, en esa tarde radiante y pura en que hasta la Mujer Blanca quería levantarse de su alta montaña para saludar y bendecir á los valientes defensores de México (1).

Teresa y las bellas muchachas sus compañeras, descendieron de los carruajes y pasearon largo rato por aquella concurrida calle, donde encontraron á diversas personas conocidas, pues medio México tenía deudos ó amigos entre las tropas nacionales, y parece que se habían dado cita para visitarles. No había semblantes tristes, ni funestos presagios: todos estaban alegres y de buen humor. El enemigo estaba al frente; desde el lugar que ondeaba la bandera del batallón Victoria se podía distinguir con la vista natural los batallones azules norteamericanos, y sin embargo aquello era una fiesta.

La nieve perpetua que hay en la cumbre del volcán *Istacsihualt*, tiene la forma de una mujer acostada boca arriba, que los aztecas llamaban la mujer del diablo.

Aunque los asuntos de la guerra absorbían la atención pública, ya se sabía en ciertos círculos los casamientos que se habían verificado en los últimos días y en la mañana misma. Los muchos amigos y amigas que tenía Bolao, y que se hallaban allí presentes, lo felicitaron por su enlace y elogiaron la gracia y gentileza de Carmela, y trataron de indagar y conocer á los otros afortunados pares. Joaquín, que reconociendo los carruajes, había descendido del Cerro para saludar á sus amigos y dar un apretón de manos á Elena, fué objeto también de cumplimientos y plácemes de parte de sus conocidos, y Teresa, á quien igualmente colmaron de elogios, le repitieron que debía estar orgullosa de haber dado su mano á un oficial tan bien parecido y tan valiente como Manuel, que se había portado como un héroe en Cerro Gordo, y salvado la vida del general Santa Anna.

Teresa, por la primera vez de su vida, tuvo que mentir y recibir, sin dar á conocer su emoción, las felicitaciones por su enlace con el capitán. Un grupo de oficiales resplandeciente, con sus uniformes azules y encarnados, con galones de plata y oro, sus sables de acero y sus sombreros con plumas y la cocarda tricolor, á cuya cabeza venía el general Santa Anna, llamaron la atención de los que rodeaban á Teresa; cesaron los elogios, las preguntas y las indagaciones, y casi sin despedida se dispersaron y perdieron entre la multitud. Al lado del general Santa Anna estaban D. Antonio Haro y Tamarriz, el venerable general Herrera, y Manuel y Valentín, que saludaron con la espada y desaparecieron al instante entre una nube de polvo.

Santa Anna, con su comitiva que se aumentaba cada vez más, recorrió la línea, pasó revista á los batallones,

des dijo algunas palabras y fué vitoreado con entusiasmo.

Bolao propuso á las señoras que volviesen á la cantina de D. Mariano, donde encontrarían hasta sillas en que sentarse, y donde no dejarían de concurrir Manuel, Arturo y Valentín, desde el momento que pudieran darse una escapada. Lo hicieron en efecto así; el cantinero improvisó un estrado con sillas de tule y petates limpios, se formó allí la tertulia. La viuda y su hija dejaron por un momento el activo despacho, pues no cesaba la cantina de vender al precio que pedía los licores, el pan y cuanto tenía, y se acercaron para hacer la corte y cumplimentar á las ricas damas. No tardaron en llegar Manuel y Valentín, que se habían apartado del jefe mientras hablaba con los generales Tornel y Herrera, y en seguida Arturo y Joaquín, que habían reconocido el carruaje.

Nuestros amigos de la quinta habían tenido una reunión más alegre. La tarde continuaba clara, y el calor se había modificado con un viento fresco y saturado de humedad que venía de los lagos, y el filósofo de siempre, muy obsequioso, hizo circular unas copitas de un licor aromático, propio para abrir el apetito. Teresa estaba como nunca de contenta. El haber tenido que afrontar la crítica de sus mismos amigos al no haberse como pudo haberlo hecho en la mañana con Manuel, la tranquilizaba. Había cumplido con un deber al dándole la vida y aseguraba su futura felicidad, aplaudiendo su unión para tiempos más tranquilos y quizá no tan tempestuosos. Manuel estaba también afable y contento, por lo que tenía las mismas ideas y creía también que con haber sido en la mañana bastante enérgico para rehusar la

mano de Teresa, con que le brindaba modestamente con los ojos el padre Anastasio, había cumplido con un deber salvando á Teresa de una desgracia próxima, y esperando firmemente que, pasada la tormenta, tendrían tiempo para gozar sin zozobra de una felicidad tras la cual, como *una sombra mágica*, habían corrido tantos años sin poderla alcanzar.

Cuando Manuel descendió del caballo y se acercó á Teresa, que se había levantado de su silla para recibirlo, cambiaron una mirada y se comprendieron sin más explicación.

—Fíjate,—le dijo Teresa á Manuel,—en la hija de la viuda, que es hoy mujer del cantinero, y es idéntica á Carmela, aunque me parece de más edad.

—Pues que has hecho el descubrimiento, te diré el secreto. Esa muchacha es también hija de Valentín.

—¡Qué hombres!—exclamó Teresa algo indignada.—No hay que fiar del mejor de ustedes. Tú quizás eres una excepción,—añadió para no disgustar á Manuel.

—Te iba ya á reñir,—le dijo Manuel cariñosamente.—Es un secreto que me confió Valentín. Su testamento lo hizo en borrador Luis, y yo y él fuimos testigos ante el escribano. Tuvo relaciones con la que se ha dicho viuda y antigua maestra de escuela. Todo es falso, y así ha pasado y así lo hemos creído cuantos hemos sabido las extrañas aventuras que han ocurrido después. Valentín tuvo mucho tiempo amores con esa persona, pero cuando vió á Mariana perdió la chaveta. Historias de mil partes que andamos hoy aquí y mañana allá, y en todas partes hay comadres y amigas y muchachas que se salen de misa por ver el uniforme encarnado. Valentín era un joven, alegre, rico, pues la carrera de las armas la sigue

por inclinación. Es dueño de una magnífica hacienda en Río Verde y de la casa en que te alojaste en Tampico. Ya te contaré despacio la historia; de pronto es menester que sepas que si Valentín tiene una desgracia te encargará en su última voluntad que recojas á su hija, pues no quiere dejarla más viviendo con D. Mariano, que es un hombre descreído y en verdad repugnante y ordinario.

—¿Y Mariana, sabe algo de esto?—preguntó Teresa.

—Ni una palabra. Con el tiempo Juan Bolao, á quien será necesario confiar el secreto más adelante, se encargará de hacer saber á Carmela que tiene una hermana, y á Mariana que tuvo una antecesora.

Como la revista militar había terminado y el general Santa Anna estaba en gran conversación y contando, como de costumbre, sus campañas en medio de un círculo de generales y coroneles, se mandó tocar á dispersión, quedando sólo una gran guardia sobre las armas; los soldados nacionales y algunos de línea y los músicos comenzaron á bajar del cerro, acudiendo en tropel á la cantina de D. Mariano á tomar refrescos. Esto interrumpió el diálogo entre Teresa y Manuel.

Se presentó abriéndose paso con garbo una mujer de alguna edad, pero con chapas de color pintadas en sus mejillas, un vestido de seda azul claro y un tálamo de china amarillo, bordado de verde. Se colgaba del brazo de un músico de extraordinaria panza, que cargaba con trabajo un enorme *serpentón* de latón con una boca abierta pintada de encarnado.

—Vaya, D. Marianito, mi alma,—dijo acercándose al cantinero;—nos hará usted favor de una botella de cer-



—Supongo, D.<sup>a</sup> Ventura, que ahora me las pagará usted todas juntas. Van quince botellas.

—Y como que sí, mi alma,—contestó nuestra antigua conocida D.<sup>a</sup> Venturita;—mi marido, como es de la música del batallón Victoria, y desde el coronel hasta el último soldado son ricos, le pagan muy bien, que cuando estaba con los de Morelia nos mataban de hambre.

El músico, en efecto, metió la mano á la bolsa, hizo sonar muchos pesos y pagó las quince botellas que debía á D. Mariano.

Un grupo de esa gente de á caballo con sus sombreros y sillas llenas de plata, su reata en los tientos y sus pistolas en la anquera, se acercó poco á poco y en orden. Montaban buenos y ligeros caballos, y estaban seguidos por algunas mujeres con sus pañuelos de seda encarnados en el cuello, su rebozo atravesado y sus anchos y lujosos sombreros jaranos. Pidieron pan, queso y refino, y se pusieron ladeados en la silla de sus caballos, á comer y beber muy contentos, sirviendo á las mujeres con mucha atención y preguntándoles si querían alguna cosa más de las muchas que había en la cantina.

—Te me habías perdido ya, Culebrita,—dijo D. Mariano al que parecía ser el capitán de esos rancheros.—¿Qué te había sucedido? No sé cuantos meses hacía que no asomabas las narices por México.

—¿Qué quiere, amigo D. Mariano? teníamos un poco de que hacer en el monte, y ahora mucho más con la venida de estos gringos; pero no nos ha ido mal.

Culebrita metió mano al bolsillo y sacó un puñado de águilas de oro americanas.

—El demonio que un día ú otro ha de cargar contigo cuando te falte la fortuna. En un día ganas tú más que

yo en un año quebrándome el espinazo con este maldito negocio de la cantina. ¿Cómo te has habilitado de ese oro?

—Pus allá el amo D. Rafael, el gobernador de Puebla, nos metió el hombro. Somos soldados del capitán don Eulalio, pero nos fingimos que éramos de la contraguerilla de ese C... de traidor Domínguez, y nos hemos venido con ellos, y ya al llegar al valle nos apartamos diz que para buscar forrajes para la caballería, y así como así, nos hicimos de una taleguilla de estas amarillas que traía en una mula un pagador. ¿Qué quiere D. Mariano? es menester buscarnos la vida como Dios manda, y al último vale más que nos pague el yanquee que no el general que no tiene ni para él, pero deme otro par de botellas del refino, que el *Ahualulco*, el *diablo* y las muchachas tienen mucha sed.

—¿Cómo?—dijo D. Mariano dándole las botellas;—aquí están también Pancha la Amapola y Rita y los demás?

—Toditos juntos, ya lo sabe D. Mariano; siempre compas hasta el joyo; sólo ese tonto de Juan el Atrevido se metió á caviloso, y ya se acuerda, tuve que abujearlo, y de veras que me pesa todavía, porque era cabal como nadie. Ya tendrían mucho que hacer con él estos gringos.

Pancha y Rita se acercaron á pedir un vaso de agua fresca que D. Mariano tenía en una olla de barro de Guadalajara, y que vendía con un terrón de azúcar á real el vaso. Estaban renegridas con el sol y el polvo, pues habían andado en la campaña con sus amigos y les habían ayudado entreteniendo con zalamerías al pagador yanqui, mientras habían espantado la mula al mon-

te, y en un abrir y cerrar de ojos habían vaciado la ballesta de cuero y ganado por las barrancas, descendiendo al valle, tres horas antes que el ejército enemigo.

Manuel y Teresa, recargados y medio ocultos en un pilarón del portal, escuchaban con interés esta conversación.

Gritos chillones, acompañados de un diluvio de desvergüenzas, llamaron la atención de Teresa y de la demás concurrencia. Era D.<sup>o</sup> Venturita, á quien le había dado un colazo en los ojos el caballo de Culebrita, y tirado un vaso de limonada que tenía en la mano. El músico barrigón quiso tomar la defensa, pero recibió un buen cuartazo, y mal lo hubieran pasado sin la intervención de Manuel, que fué reconocido desde luego por Ojo de Pájaro que venía entre los guerrilleros. Se apeó de un brinco y se arrojó á los brazos de Manuel, que no rehusó esta franca aunque poco respetuosa muestra de cariño.

—¡Mi capitán! Bendito Dios y la Virgen que lo veo, pos me dijeron... vaya me dijeron que lo habían matado en Cerro Gordo por salvar al general,—y Ojo de Pájaro estrechó otra vez á Manuel.—¡Muchachos acá!—gritó dirigiéndose á sus compañeros;—vengan á saludar á mi capitán, ya les he dicho quién es, completo como no hay otro en la tierra.

Los guerrilleros saltaron del caballo, se quitaron los sombreros, besaron la mano de Manuel, y después la tomaron entre sus dos manotas callosas y de gruesos dedos, y se la sacudieron.

Teresa estaba como loca de gusto de ver esta escena, toda de sinceridad y de cariño, de esa gente ruda que daba y recibía la muerte con la más completa frialdad é indiferencia. Manuel, les dijo algo que les llegó al cora-

zón, se retiraron limpiándose los ojos con las mangas de sus *cotonas* de gamuza y volvieron á montar en sus ligeros y lustrosos caballos.

Apenas había pasado esta escena, cuando se divisó por la calzada un caballero montado en un grande y soberbio alazán que abría sus narices arrojando humo y volvía con garbo la cabeza de uno y otro lado mirando el campamento, y las fruterías, y las cantinas, y la tumultuosa concurrencia, como si fuese un sér racional. El caballero vestía una sencilla blusa azul, pantalón blanco de casimir ajustado, bota fuerte y una cachucha encarnada con dos galones angostos de oro. La silla era inglesa; por toda arma traía en la mano derecha un primoroso fute de seda y plata. Pálido con grandes ojos chispeantes y barba muy cuidadosamente cortada, su aspecto llamaba la atención, causaba respeto y tal vez miedo.

—¡Lo dije, lo dije, ya lo sabían!—gritó Josesito levantándose de un brinco de un banquillo donde había estado comiendo un *sandwich* que él mismo había confectado.—Ya les había dicho que Rugiero andaba entre los americanos.

Y Rugiero llegó al mismo tiempo quitándose la cachucha y saludando graciosamente á sus amigos.

—Sabía que los había de encontrar aquí. El capitán es más bien un trozo de un imán que atrae á cuantos le rodean. Venga esa mano, Arturo, y no hay que apurarse por la monjita. Está ya buena, perfectamente buena, lo que es necesario es conquistarla de nuevo, pero me parece más difícil esta conquista que la que quieren hacer de México estos salvajes yankees; y usted, Teresa, mi buena y respetable Teresa, qué bella, qué

lozana encuentro á usted desde que Lucifer cargó con ese santo de D. Pedro; ¿y qué digo de la simpática jalapeña que tal vez no se acordará ya de mí? la veo más fresca desde que D. Francisco hizo el gran viaje; y mis buenas amigas Elena y Margarita, y la sin par Florinda?... vaya, si los yankees viniesen á esta vieja venta que está bamboleándose como su dueño Pepe Elías, tendrían que tirar al suelo los rifles del Mississipi é hincarse de rodillas ante las primeras bellezas del suelo mexicano.

Y Rugiero, seductor, haciendo expresivas y naturales genuflexiones, sonreía á todos y estrechaba delicadamente las suaves y blancas manos que le tendían inconscientemente las muchachas.

—No he olvidado ni á José, ni á la seductora Celestina, de quien siempre he estado perdidamente enamorado, pero Josesito no se encelará, porque el diablo es una pobre y ridícula persona que no puede tener amores. Su misión eterna es pelear con San Miguel.

Rugiero estrechó tanto la mano de Josesito, que no pudo ya aguantar, levantó un pié y dió un quejido. Rugiero sonrió y continuó hablando sin que nadie se atreviese á interrumpirle. Los guerrilleros, que se habían quedado como pasmados desde el momento que llegó el caballero del soberbio alazán, como que recobraron sus movimientos, se acomodaron en sus plateadas sillas y se retiraron lentamente por la calzada. Un negrillo vestido de encarnado, y que montaba un caballo pequeñito, tenía por la brida el caballo de Rugiero, que se había apeado sin que nadie supiese cómo ni lo advirtiese, sino cuando correspondían á sus apretones de manos.

—Estoy seguro,—continuó Rugiero,—que mis amigos

aquí presentes, incluyendo á las hermosas damas, creen dos cosas: primera, que yo soy el diablo, y segunda, que tengo como decidido partidario de los norte-americanos.

Los circunstantes se quedaron callados; efectivamente, eso pensaban, pero no se atrevieron á confesarlo.

—Veo que no quieren decir lo que sienten y lo agradezco, porque esa es una muestra de su finísima educación, y por esta misma razón debo explicarme. Soy amigo íntimo del general Vorth y del capitán Grant. Los conocí en el colegio de West Point. A Scott no lo quiero, es un viejo testarudo y orgulloso, y ya verá lo que le va a suceder. Grant es excelente, y desde que ha pisado México, le ha encantado el país. Como supe oportunamente la llegada de la escuadra y que venían mis dos amigos, fuí á recibirlos. Traté de impedir el bombardeo, pero no hubo remedio, el viejo Scott se empeñó en hacer la guerra á los edificios. Ya ven ustedes que nada tiene esto de extraordinario. Desde que despaché á mi pobre D. Pedro, he andado en viajes en Jalapa, donde supe que Apolonia estaba para casarse; en Orizava, donde ví al general Santa Anna abatido y derrotado, y después me vine acompañando á Worth, y como está decidido á hacer una guerra terrible á los mexicanos, pero muy inclinado á hacer la paz, he querido hacer un servicio valiéndome de la amistad que tengo con el general Santa Anna desde que contribuí á sacarlo de su cautividad en San Jacinto. Con que ven ustedes que no soy ni el diablo ni el aliado de los enemigos de México. Habló Rugiero con tal sencillez y con tal acento de verdad, que todos desecharon sus siniestros pensamientos dudosos, y espontáneamente volvieron á estrechar la

mano de Rugiero, y entre chanzas y generalidades se pasó otro rato.

—Bien, muy bien,—dijo Rugiero montando sin tomar el estribo su alto alazán;—he tenido un momento de expansión con mis amigos, y sigo con el negocio que ya saben. No sería malo reservarlo, pero estoy casi seguro que no se disparará un balazo. Voy á Palacio antes que llegue el general en jefe, para lograr hablarle á solas. Hasta más ver. (Rugiero nunca decía Adiós.)

Y levantando el fuate, el alazán voló, y en seguida el negrillo en su diminuto caballo, y una nube de polvo envolvió las dos singulares y extrañas figuras.

## CAPÍTULO LVII

### Las veladas de la quinta

#### Velada séptima

**L**a comitiva regresó al anochecer á la quinta. Estaban ya allí el padre Anastasio y el doctor Martín, que, esclavos de su palabra, habían hecho un verdadero sacrificio en salir de su retiro de la Profesa y felicitar á sus amigos.

Era tal la alegría y la algazara, especialmente de las mujeres, que los dos eclesiásticos quedaron sorprendidos.

Manuel y Teresa al entrar á la quinta se dijeron á un tiempo inspirados por un mismo pensamiento: ¡¡¡Nos hubiéramos casado esta mañana!!!

La conversación de Rugiero había tranquilizado completamente á todos; ni sombra de duda, y por consiguiente, ni sombra de tristeza.

—Nadie dispone las cosas esta noche más que yo,—dijo Teresa.—Voy á la cocina y al comedor, y Mariana y Josecito me ayudarán. Jamás habrán comido como